

HAYEK (F. A.): *Gli intellettuali e il socialismo*, en «Il Politico», año XX, número 1, mayo 1955, págs. 5-25.

En todos los países democráticos, incluso en los Estados Unidos, predomina la opinión de que el influjo de los intelectuales en la política no es demasiado grande. Esto es indudablemente verdad en lo que se refiere al poder de los intelectuales para influir en las decisiones políticas con sus opiniones particulares del momento, pero no en la medida en que ellos pueden orientar el voto popular. Es más, probablemente los intelectuales no han ejercitado jamás en tales países una influencia parangonable a la de hogaño. Tal poder está en sus manos en cuanto contribuyen a plasmar la opinión pública. Precisamente el autor de este artículo observa cómo el desarrollo político del mundo occidental ha estado dominado en los últimos cien años por los intelectuales.

Justamente el socialismo en especial no ha sido nunca un movimiento originado por la clase obrera, y en la primera fase de su desarrollo ha tenido influencia sólo en los círculos de los intelectuales más activos. El término «intelectual» no da una imagen inmediata de la clase a la que nos estamos refiriendo, y el hecho de que no dispongamos de un nombre mejor no es la mínima entre las razones de que su poder no sea mejor comprendido. Su función no es la del pensador original ni la del estudioso o la del experto en un campo particular del pensamiento. El intelectual típico no tiene necesidad de ser ni una ni otra cosa; lo que lo califica como tal es la amplia gama de argumentos en torno a los cuales está presto a hablar o a escribir y, además, una posición a cuyo través viene en conocimiento de las nuevas ideas. Los intelectuales, en el sentido del término que aquí adoptamos, son un fenómeno histórico recentísimo.

La justa comprensión de las razones que inducen a numerosos intelectuales a inclinarse al socialismo son de extrema importancia, precisamente porque no son ni intereses egoístas ni intenciones malvadas, sino por lo común convicciones honestas y buenas intenciones. Realmente es necesario reconocer que cuanto más influye la buena voluntad y la inteligencia en la actitud del intelectual típico, con tanta mayor proba-

bilidad es socialista. Dos puntos nos ayudarán a conocer esta peculiar inclinación de un vasto sector de los intelectuales. Primero, que juzgan generalmente todos los problemas particulares a la luz de algunas ideas generales; segundo, que los errores característicos de cada época derivan a menudo de auténticas verdades nuevas descubiertas por ella y son aplicaciones erróneas de nuevas generalizaciones, y, por tanto, su refutación efectiva requerirá normalmente un progreso intelectual ulterior.

El pensamiento socialista debe sobre todo a su carácter visionario el atractivo especial que ofrece a los jóvenes y su tendencia a la utopía falta evidentemente al liberalismo tradicional. Esta diferencia actúa a favor del socialismo no sólo porque especular en torno a principios generales tiende a estimular la imaginación de los que no poseen un profundo conocimiento de los hechos de la vida diaria, sino también porque colma un legítimo deseo de comprender las bases racionales de todo orden social. El intelectual por temperamento se desinteresa de los detalles técnicos o de las dificultades prácticas; le atraen las amplias visiones, la comprensión total del orden social que promete un sistema planificado. La importancia de la atracción que por su carácter especulativo ejerce el socialismo sobre los intelectuales se aclara al contraponer la posición del teórico socialista al de su opositor liberal en el viejo sentido de la palabra.

La conclusión del autor es que los liberales deberían aprender del socialismo con el fin de conquistar el apoyo de los intelectuales asegurándose así mediante ellos un hondo influjo sobre la opinión pública. Lo que actualmente falta al liberalismo es, ni más ni menos, una utopía liberal. Hay que ofrecer un programa liberal nuevo capaz de atraer a la imaginación. Debemos hacer de la construcción de una sociedad libre una aventura intelectual.—S. DEL C.

NICHOLAS (A. G.): *Intellectuals and Politics in U. S. A.*, en «Occidente», año X, núm. 1, enero-febrero 1954, páginas 39-53.

La pregunta «¿Cuáles son las relaciones en los Estados Unidos entre la clase intelectual y la clase dirigente?»

es una tentativa de aplicar a la vida americana categorías y conceptos europeos. No es que la pregunta no tenga sentido; lo que pasa es que deben emplearse cautelas especiales al intentar responderla. La fluidez y la movilidad de la sociedad americana no consiente que se transfieran más allá del Atlántico los sistemas relativamente rígidos del viejo mundo; no existe en la lengua americana un equivalente al término «intelligentsia»; el epíteto «high brow» se aplica al individuo, pero no al grupo.

Los intelectuales americanos no forman una clase al modo de sus colegas europeos, y tienen un grado de cohesión inferior, incluso, al de otros grupos de la sociedad americana, a los campesinos o a los hombres de negocios, por ejemplo. Consecuencia de esto es la falta de instituciones especiales que los pongan en condición de hacer sentir su peso sobre el Gobierno y sobre la sociedad. Ningún Oxford ni Cambridge garantizan su acceso al mundo del poder o de la política. Ninguna Cámara de los Lores acogerá a su vejez su testamento de sabiduría o de lugares comunes.

No es la Universidad la única formadora de la clase dirigente. Su función no es la de formar una «intelligentsia», sino la de fundir la heterogeneidad de la sociedad americana en una unidad funcionante. Es sintomático que un alto porcentaje de los hombres-guía de la nación hayan abandonado la Universidad sin haber concluido sus estudios.

Dar al público lo que el público quiere es una norma que no siempre acepta el intelectual del viejo mundo; en América, donde la norma es respetada rigurosamente en el comercio y en la política, oponerse a ella en el terreno del pensamiento y de la cultura presenta bastantes dificultades.

El aislamiento del intelectual se acentúa por la falta de una verdadera capital en un país tan vasto. Lo mismo para el pequeño intelectual que para el juez de la Corte Suprema o para el gran escritor. No se ha de tener en cuenta solamente la actitud filistea de la provincia, sino también la distancia física, obstáculo imposible de omitir en las relaciones humanas de interés y mentalidad. Formar una comunidad de espíritus a través de un continente es una ardua empresa. Ahora bien, no es

esto solamente un mal como se puede comprender considerando el daño que la excesiva centralización del poder ha causado en varios países europeos, aunque cuanto más sana es la circulación de las ideas en América más difícil es la unión de las fuerzas intelectuales en un bloque con el peso político. Más difícil, pero no imposible.

América no cree ni siquiera poder confiar la dirección de la educación a sus intelectuales. Las universidades continúan siendo instituciones privadas bajo el control más o menos directo de los hombres de negocios, de las sectas religiosas o del Estado. En el curso de la batalla por la libertad académica a nadie le ha pasado por la cabeza dar a los profesores al autogobierno. Y así presentadas las cosas, hay dos tentaciones para el intelectual. La de recluirse en sí mismo, en el misterio del propio trabajo, convirtiéndose en un especialista al abrigo del mundo exterior, sobre todo cuando el objeto de su estudio es susceptible de abstraerlo de las opiniones corrientes y la de renegar de su propia calidad de intelectual ostentando modos, gustos y lenguaje de hombre común, imitando procedimientos y costumbres del hombre de negocios. Este, por paradoja, es el camino para llegar a Presidente de Universidad. Entre estos dos escollos navega el intelectual americano, que tiene sobre sí una larga serie de notables éxitos y el hecho de vivir en un país con una sólida tradición de respeto por la libre investigación. Es, en definitiva, el único americano capaz de ejercitar el derecho de decir lo que piensa. Parece poco, pero es quizá bastante.—SALUSTIANO DEL CAMPO.

BOBBIO (Norberto): *Introduzione all' inchiesta su «intelletuali e classe politica»*, en «Occidente», año X, número 1, enero-febrero 1954, páginas 8-12.

Este artículo es, en realidad, un preámbulo al número monográfico de la revista *Occidente* dedicado al problema de las relaciones entre los intelectuales y la política. Para que tenga sentido tal problema son necesarias dos condiciones preliminares: 1) Que los intelectuales constituyan, o crean cons-